

de Córdoba nos franquease la llave para sacar a luz lo que le comunicaba, no quedaríamos tan sedientos de noticias; pero nos queda el consuelo del dicho del Magno San Gregorio, que la mejor prueba de la dilección santa es registrar sus obras. Véanse las del Padre una por una y el haber fundado Oratorios que cada uno es un horno de divinos incendios.

Pasó esta Caridade de Dios a comunicarse a los prójimos. Mucho espíritu de Dios sin mucha caridad del prójimo no se hallará en alma virtuosa por mas que fiereca sobresalir en otras virtudes. Macerar el cuerpo con el ayate, afligirlo con el ayuno, quitar el sueño con la vigilia, ocultarse en su retiro, si no se hace todo esto junto con el amor y compasión del prójimo será tener virtudes como sombra sin cuerpo, un cuerpo sin alma, una alma sin espíritu y un espíritu sin Dios. Con este conocimiento vivió siempre este caritativo Expense y después de abthelar cuanto sus fuerzas alcanzaban al amor de Dios, se dispulsaba por traer bien a sus prójimos especialmente solicitando por cuanto medios pudiese la eterna salvación de sus almas. A este fin se ordenaban los sudores de su rostro en los Púlpitos por mas de cuarenta años, su tarea de las mañanas enteras oyendo confesiones de cuantos lo buscaban, buscando a los que miraba divertidos en juegos y otros mundanos y peligrosos pasatiempos, consolando enfermos, asistiendo hasta el ultimo trance a los moribundos, enseñando niños, sufriendo impertinencias de jóvenes, socorriendo en cuanto podía necesidades y en fin el amor de los prójimos lo trajo toda la vida de eclesiástico de un lugar a otro siempre buscando ovejas perdidas, almas desastradas, y mientras estuvo en alguno de los Oratorios con todos se mostró afable caritativo y benigno, tolerando sin rebatir el dicho más agudo, ni dar queja de lo que por ser todos hombres suele pasar entre los que viven en comunidades. El mayor apoyo de su caridad era lo que sentía en su alma la perdición de las almas esta le hacía verter muchas lágrimas en sus sermones, y a solas considerando este punto sentía su corazón como herido de un dardo con que lo clavaba el Amor Santo.

Capítulo XXXIV. Declárase más por estenso el celo de las almas de este Varón Apostólico.

El Real Profeta confesaba de sí que el celo de la Casa de Dios le comía las entrañas y que los oprobios hechos contra su Dios caían sobre él. Este celo de las almas dice el erudito Engelgrave, que mejor diremos celo de la gloria y honra divinas, es un cierto fuego de amor de Dios tan activo, que el que con él se inflama no se contenta con dar a Dios culto y amarlo, sino que con ardientes ansias desea que aquella Bondad summa sea de todos los hombres amada, conocida y adorada. De aquí es que las ofensas hechas contra Dios que advierte en sus prójimos le penetran las médulas de su corazón y llegan hasta lo interior del alma. Tal fuego como este ardió en los Santos, y a proporción se ha dejado ver en muchos Varones Apostólicos uno de los cuales fue nuestro celoso Filipense como se irá manifestando en lo que yo voy diciendo. Fuera de lo que insinué en el precedente Capitulo se observaron singulares en que dio a conocer el fuego que ardia en su pecho de la salvación de las almas. Cuando se hallaba en la fundación de el Oratorio de la Villa de San Miguel, estaba muy introducido en todo género de pecerías la pelea de gallos en que no solo se apostaban muchos pesos, sino que se ofrecían a cada paso muchos litigios y otras consecuencias bien lamentables. Predicó el Padre contra este desorden muchas veces en su Oratorio haciéndoles presentes y patentes a los afectos a esta diversión las muchas culpas que ocasionaban con ser esto tan continuo y ser atropellado el concurso de gente honrada y araganes de que no se veía otra cosa en las calles que gallos en las estacas molestando con su propio canto hasta lo mas retirado de las Iglesias. Sentíanlo muchos Cordatos, pero no podían remediarlo, y viendo este Ministro de Dios que cada día tomaba más cuerpo esta corruptela, y que por jugar los gallos muchos se quedaban los dias festivos sin alisar montó en cólera santa, y tomando el baston con que salía a las confesiones de noche se fue derecho a la casa de un Caballero de esta Villa que era el que más se señalaba en este punto con apuestas de ciento y doscientos pesos, y uno por uno con el bordon fué matando los gallos que estaban a la sombra de aquella casa y sin hablar palabra se volvió a su Oratorio. Supo el mercader a poco rato la triste tragedia de sus gallos que le habían costado no pocos pesos y preguntando quien habia hecho tal car-

niceria le digeron que el Padre Juan Antonio. Entonces moderando el enojo que de primera instancia habia concebido dijo a vos en cuello: Solo el Padre podia hacer cosa semejante, que á ser otro era ocasion para perderme. Era este sujeto de todos estimado, y por su entereza de condicion de algunos temido; mas al escuchar que el Padre Juan Antonio lo habia privado de la cosa de su mayor gusto, por el gran concepto que tenia de su virtud se llamó á consejo, y de alli adelante no solo erio gallus, mas ni asistió jamás aunque tal vez hubiese en alguna casa particular semejante entretonimiento. Buscó á solas al Padre, y quien con el canto de los gallos estaba sin oír las voces de su conveniencia, se confesó muy despacio y trató en lo de adelante de frecuentar en el Oratorio los Santos Sacramentos, dando buen ejemplo á los que antes lo consideraban divertido y se numeró entre los especiales bienhechores de aquella Santa Casa.

El Padre Don Nicolas Antonio de la Mata declaró en su escrito lo siguiente: "Acompañando yo al Padre en tiempo de fiestas de Año Nuevo fué preciso pasar por entre los fuegos, y fué tan to su celo viendo el desbarato de ellos, que comenzó á arrojar á los jugadores contra las chuzas, y á los que jugaban en el suelo les quitó los instrumentos de los fuegos y los rompió, y cuando alguno perdido pudiera haberle faltado al respeto todos se bincaban y pedían perdon." Ya deo escrito la eficacia con que procuró evitar los escandalos nacidos de estas Fiestas de Año Nuevo y el Memorial que presentó á todos los Señores del Cabildo, y en esta ocasion persuadió á todos los Señores Eclesiasticos por cartas llenas de caritativo celo no admitiesen las Comedias que les solian encomendar en Cabildo para que las oviesesen como lo consiguió en las que se ofrecieron años adelante. En una Plática que hizo en Octava de las Benditas Almas al principio de la Fundacion, en sus ejercicios de la noche, testifica el Padre Don Martin Hamidio fué tal su fervor que le ministro una bien gruesa cadena, y para persuadir al auditorio comenzó á descargar sobre su espalda feroz cruces azotes ponderando lo mucho que en aquel lugar se padeció por orden de la Divina justicia, y tratando de la dignidad sacerdotal movió á piernas lagrimas á todo el concurso de hombres que asistian á la oracion y dis-

ciplina. Acabado el ejercicio se cerró la Iglesia, y los Jóvenes viendo era hora de conar buscando al Padre no lo encontraban, fuéronse al Pulpito, y estaba enredado en la ropa como un ovillo sin poderlo desenvolver teniendolo algunos por muerto, mas certificandose que respiraba solo se le percibia como que hablaba con otro: "Se hará, se hará." mas nunca supieron lo que estas voces encerraban, y solo puede discurrirse piadosamente se vendria alguna Alma á pedir socorro y el Padre prometió lo que se le encargaba. Si el evitar escandalos toca al celo del bien de las almas digno es de mencionar el que habiendose levantado una discordia muy ruidosa entre dos Superiores de la Villa de San Miguel se empeñó el caritativo Padre en componerlos, y aunque le tuvo de estar muchas visitas y persuasiones, por último logró tan á satisfaccion su trabajo, que alcanzó se juntasen en la casa de un Regidor en donde se abrazaron y pidieron perdon, rompiéronse allí todos los escritos que tenían uno contra otro y quedaron en adelante en gran correspondencia y muy amigos. Hemos visto algo de lo que hizo este laudable celo en la America, volvamos los ojos para registrar lo que ardió este celo hasta morir en la Europa.

El año de setecientos y diez y ocho muy á los fines volvió de la Coronada Villa de Madrid al Puerto y Ciudad de Cádiz y dice en una carta: Sali de la Corte porque el Señor me llamaba á este Puerto de Cádiz para lo que ahora experimento. Comencé á predicar y confesar logrando en cinco Sermones y otras tantas Doctrinas tanto número de almas perdidas y de confesiones calladas, que me admira ver en una Ciudad tan abastecida de Religiosos y Ministros tanta necesidad y olvido de Dios. Para esto me sacó Dios de Madrid y tambien para que no descaeciera esta Santa Congregacion. Aquí pues me envió Dios, ¿y quien pensara que como allí Nínive se commoró á la voz del rebelde Jonás, aquí habia de venir á predicar un sujeto de Indias más protervo que Jonás? En otra carta dice: Se predicó, se confesó se ganaron muchas almas y así rabia el diablo. Ha habido sus concursos atropados á oír al Indio, y se han clavado, porque venian por curiosidad, y paró en suspiros y lagrimas porque les hirió la mano de Dios mediante esta Bestia. (¡Oh celo ardiente fundado en humildad profunda!) Han salido muchos de torpezas dejando ocasiones veteranas las malas mujeres y

hombres: se han hecho muchas confesiones generales y vamos todavía trabajando. El año de veinte me escribe en su carta: Se ha logrado mucho con sembrar aunque con fatiga y dolor, porque no faltan en estas grandes Ciudades Ministros del demonio. Suscitáronse las Comedias y dice el Padre: He predicado brevemente para extinguir esta peste, y viendo a los ojos los castigos de Dios no se enmiendan. Véase al Capítulo 17 lo que entonces sucedió. Aterrados de la muerte repentina, y del Sermón que sobre ella había hecho el Apostólico Padre, venían muchos a frecuentar la Iglesia del Oratorio, a oír la Plática y tener media hora de oración, llegando la conmoción como escribe el mismo Padre hasta los Hereges, y conchuye: De esto hay mucho porque glorificar a Dios cada día. Mucho he deseado (me dice por sus letras) noticias individuales de los progresos de esas Misiones para poder cooperar a lo que tanto he deseado para bien de esos pobrecitos Infieles que tengo atravesados en mi corazón. Por lo ardiente de su celo en extirpar el Coliseo se vino reprehensión del Real Consejo, y aunque no se intimó, no se ocultó de su noticia, pudiendo gloriarse con los Santos Apostoles de ser digno de contumelia por predicar y publicar lo que es honra de Jesucristo. En cláusula de carta dice: No comience estar ocioso mientras dura el aliento en el pecho, que ya con cincuenta y un años y tantas peregrinaciones podía estar extenuado, mas con todo no se cesó de clamar y ladrar contra los vicios en todas partes. En otra carta expresa: No se cesó en el trabajo juntando materiales para la eternidad con la pluma y con la lengua, con el cuerpo y con la alma. Cumplidos dos trienios de Propósito en el Oratorio de Córdoba en cuyo tiempo hizo muchas Misiones, con ánimo de estar mas libre para venirse, se retiró a unas casillas cercanas a la Parroquia de San Nicolás, y allí no cesaba de predicar y confesar toda la mañana. En una carta dice: Estoy cansado de ver el poco fruto que se saca de la Palabra divina en que insisto sin desmayar y seré hasta la muerte, pues debí la educación a aquellos primeros Padres que pasaron con el Reverendísimo Padre Linares y los enseñó a todos. El año de 1790 fundó el Oratorio de Málaga, y fueron tan fervientes sus Pláticas, y Sermones, que notició el mismo Padre haber mudado el antiguo nombre de Villa Vieja a Jardín de Dios. Su última carta el año de 46 se explica en esta forma: Por no acabar de melancolizarme me entretengo con mis libros en medio de setenta años, me levanto a las dos de la mañana, celebro Misas a las cuatro, y me piento al confesonario a consolar a todo género de personas hasta las doce

del día todos los días, todos los días festivos explicó en esta Parroquia la Doctrina Cristiana. Hecho Anacoreta en Palsado se mantuvo estos últimos años en la dicha casilla, de donde cuando menos se pensaba le veían en las Calles y Plazas de Córdoba enarbolando en sus manos el Crucifijo cantando Sactas de desengaños, y predicando muchas Pláticas de Inmersion donde los más divertidos se miraban a la voz de este Tomás Indiano. Esto lo preguntaban cuantos lo conocieron, y me acuerdo haber oído a mi querido hermano el Padre Francisco en ocasión que estuvo en México, que una honrada Familia venida de Córdoba, dando raxon al Padre de su hermano, y declarándole el la ansia con que acá se esperaba le dijo una semra con donaire: No espere usted al Padre Juan Antonio. ¿qué necesidad tiene de venir a buscar pescado seco cuando allí pescá truchas a manos llenas? Enfáticamente quiso dar a entender el copioso fruto de este Pescador Evangélico, y en las truchas, que es más regalado pescado las almas de señalada virtud que dirigía. Basta por muchas una hija espiritual del Venerable Padre Frai Francisco Posadas de quien se supo que afligida por la muerte de este Insigne Varón, le dijo al anunciársela ¿qué haría faltándole su enseñanza? y es tradición haberle respondido: que de muy lejos vendría el que había de ser hasta la muerte su Director. El Venerable Padre Posadas murió día veinte de Septiembre de 1713, con que corrieron trece años hasta vivir el Padre Juan Antonio en Córdoba quien la asistió hasta morir y dió noticia en carta de esta su hija de espíritu.

**Capítulo XXXV. Lo que se señaló en la virtud de la Religión y devoción especial de muchos Santos.** Formase la cadena de las virtudes para ser unas hermosas de varios eslabones con que se atan con sus Dios las almas, y a los eslabones de oro siguen con vistoso orden los de plata. Las virtudes Feologales son oro puro y por eso más precias, las demás son como la plata más sonora; a lo menos son de sonido mas corpulento a los humanos sentidos, que ciegos a las inteligencias del espíritu, estiman las cosas no por su mayor valor sino por su mayor sonido. El de la Virtud de la Religión vicensario de oro con que la alma dirige a Dios su oración con los aromas de las demás virtudes exaladas al fuego de la Caridad en fragantes humos y obsequios del divino culto relució en el Venerable Padre con brillos de edificación y ejemplo. En obsequio de esta virtud ofreció a Dios como a Supremo Dueño y Señor de todas las potencias de su alma